Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año LIII - Nº 2676
Montevideo,
17 de febrero de 1985

Carnaval 1985

Una tradición que tiene sus orígenes en la paganía renueva anualmente el perpetuo afán humano de superar la realidad de todos los días jugando a buscar detrás de la máscara una personalidad diferente



Suplemento Dominical de
EL DIA
Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932
Directora: Dora Isella RUSSELL
Dep. Legal 31.227/72



La Plaza de Cataluña

Estoy en la plaza de Cataluña. Sentado en un banco público, las palomas, a raudales, vienen a mí. Hoy como ayer. Las palomas de la plaza de Cataluña están acostumbradas a picotear en las manos de sus anfitriones, y éstos, ya se sabe, llevan consigo un cucurucho de miguitas de pan o de almendra. No falla. Yo creo que debe de tratarse de una de esas costumbres cuyas raíces se hunden en la noche de los tiempos. Pues sí, aquí están las palomas de la plaza de Cataluña, comiendo en el cuenco de mi diestra. ¡Qué estupendo lo que alguien muy próximo a mi corazón escribiera un día! "Cuanto se nos queda en los ojos, se hace paisaje hacia adentro, y es nuestro. Nos adueñamos de lo mirado para siempre, y la posesión plena y vitalicia es el más precioso contrabando que traemos al regreso".

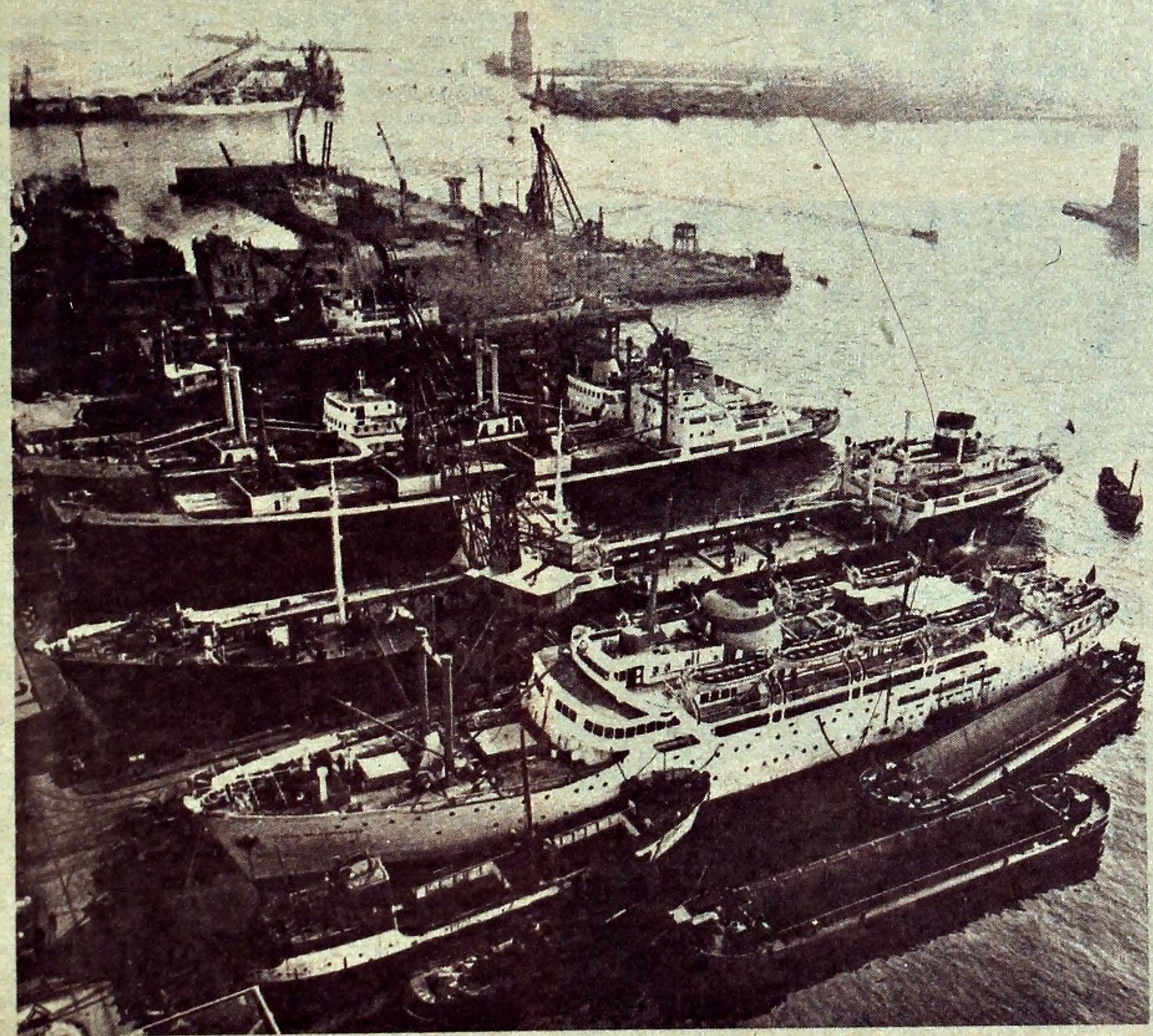
No hay, en efecto, visión mental de esta hermosísima plaza, la más grande sin duda de España, que no vaya asociada a las palomas. El arte de recordar, a veces, se convierte en tortura. El dos de agosto de 1938, después de haber pasado por los Almacenes Jorba a tomar un parco refrigerio de los que por entonces paliaban el hambre canina de todos, me fui a dar de comer —¡oh, paradoja!— a sus palomas. ¡Malhaya mi suerte! Llegar, sentarme, y empezar aquel terrible bombardeo, fue una y la misma cosa. No acierto a plasmar dónde me escondí, en qué sótano o infierno, en que umbrío portal.

¡Qué más da! El miedo me sacudía; y al miedo sucedió el horror, al contemplar los daños sufridos por la ciudad y por sus hombres, mil veces estoicos, que soportaban cada veinticuatro horas dos o tres vuelos de estos a larga distancia. Comencé a remontar el airoso y "fachadoso" paseo de Gracia, mientras las palomas, pasado el susto, tornaban a sus revoloteos. El paseo era una desolación. Y, en el paseo, estaba yo, atónito, con los ojos muy abiertos, blasfemando íntimamente, rugiendo de ira frente al crimen cometido en la carne del pueblo barcelonés, para atestiguarlo. Había casas enteras demolidas como por gigantesca maza, o rebanadas de arriba abajo, como a cuchillo, junto a casas intactas. El golpe era tan radical a veces, tan limpio, que se dijera de mano maestra. Enseres patirrotos, caídos entre escombros, asomaban por doquier. Se veía la taza de un retrete intocada, esterita, allá arriba, en

Carné de viaje XXVIII

Del antaño heroico y del feliz hogaño, en Barcelona, la bien plantada

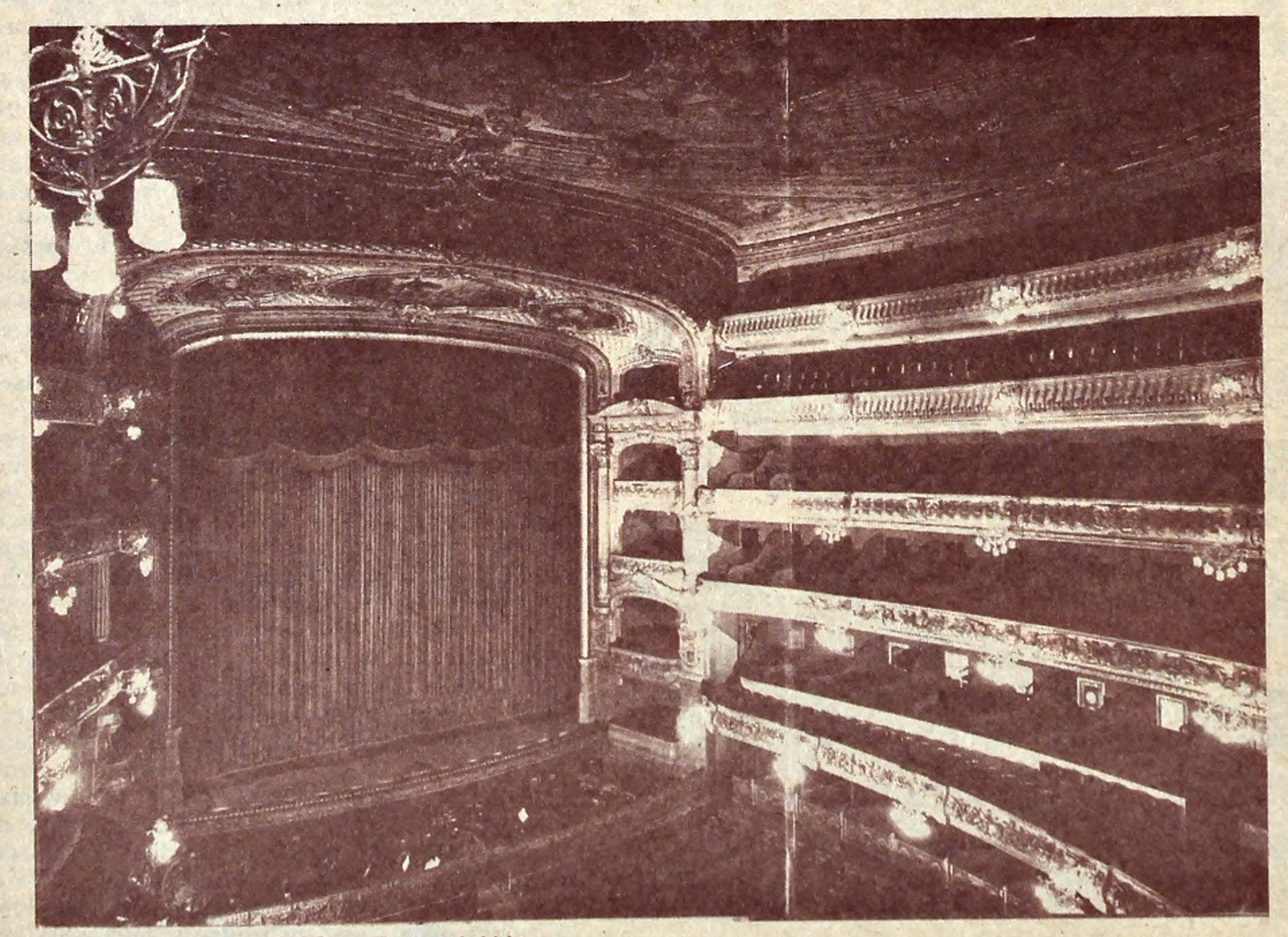
El Tibidabo


Vista parcial del puerto de Barcelona

un quinto piso, a tres metros de una cama, una de cuyas patas pendía milagrosamente en el vacío. Los tabiques medianeros habían desaparecidó, y el conjunto daba la impresión de que se trataba de una sola pieza. No quedaba más de un quinto piso, el último, mientras que, en el cuarto, podían contemplarse hasta cinco trozos de habitaciones. En un comedor, sobre la mesa, la araña columpiándose a merced de la brisa, ostentábase un precioso mantel de Lagartera, y, a su lado, una cuna mecedora con la sangre brillando al pálido sol de otoño, que aparecía, retozón, por momentos, entre los jirones de una nubes blancas. Las brumas matinales habían realizado su labor, y el papel de las paredes caía flotante, a manera de trágica oriflama, sobre algunos cuadros que representaban insípidos bodegones o motivos religiosos. De tanto ver muebles hechos añicos, hierros retorcidos en convulsos rizos que desazonaban, techos desfondados, atravesados desde las tejas hasta el suelo, chimeneas desgarradas en que el humo y la humedad formaban un barrillo negruzco que chorreaba el paso de los viandantes, chalets de uno o dos pisos sorbidos literalmente por sus sótanos, que mostraban sendos boquetes rellenos de cascotes, los nervios se me fueron relajando hasta producirme una especie de pasmo, de parálisis. A ratos tropezaba con algún que otro bombero que buscaba entre los escombros. Caminaba despacio, inconscientemente. Inconscientemente me desvié, guiado por la fúnebre decoración que las bombas pintaran, y me metí por bocacalles en que no quedaba ni una sola casa. Sólo montones de ladrillos y cristales hechos polvo, en hileras, cual dunas trágicas constituidas alrededor de la muerte. Penetré —si ello era penetrar— en la derrengada armazón de una lechería, cuyo rótulo, en grandes letras rojas de madera que se atropellaban fuera de quicio contra el marco de la puerta, decía: "Leche Sila". Tratábase de una firma comercial que se prodigaba en saludable rivalidad con las tabernas. El metal del mostrador estaba lleno de tizne, y lanzaba al aire los







Perspectiva interior del Gran Teatro del Liceo

muñecos estilizados de sus rasgaduras. La sangre brillaba también por todos sitios, en cuajarones. Varios veladores, sus patas tronchadas por la metralla, estaban caídos en tierra, entre las sillas destrozadas. Di un paso. Por curiosidad, miré tras el mostrador. Y retrocedí violentamente; el medio cuerpo inferior de una mujer estaba recostado en el tabique, sobre la tarima, los intestinos revueltos en un pisto fétido y tibio de excrementos, sangre y tripa. Era un mazacote de carne medio carbonizada, especie de tambor con su roto parche desbordando a tiras el aro. Gotas de sangre colgaban solidificadas como estalactitas por entre los listones de la tarima.

No pude evitarlo. Vomité a fondo, retorciéndome en bascas de impotencia. Hasta la atrabilis brotóme diáfana y caudal, con aginos y estertores.

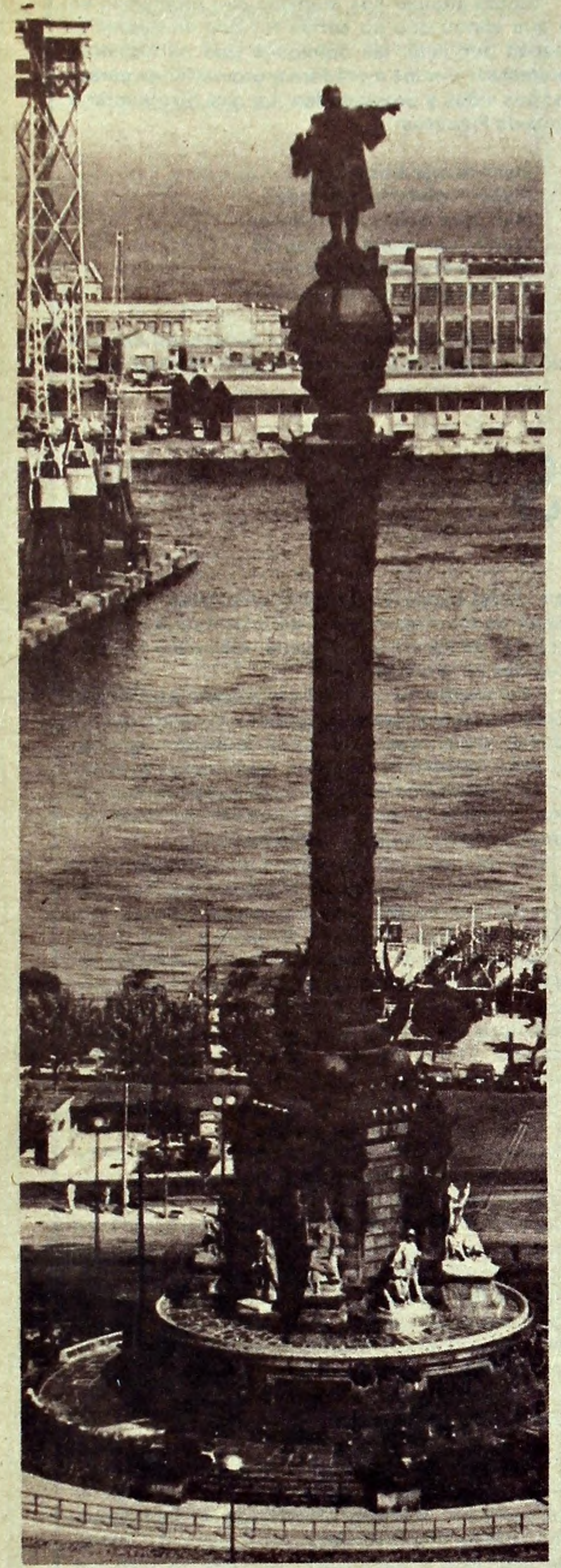
Así había seguido hasta asomar la noche. Ahora, el panorama era muy otro. Ahora, cuarenta y cinco años después, todo rebosaba belleza y vida a mi alrededor. A la Barcelona martirizada de 1938, esta otra Barcelona de 1983 oponía su grandeza en la paz, en la paz constructiva y pródiga de los catalanes. ¡Qué diferencia, Dios de Dios!

Apenas satisfice mi coloquio mudo con las palomas, y como aterrorizado por todo lo que mentalmente había visto de nuevo sobre la palma de mi mano mientras las daba de comer, me dirigí, no al paseo de Gracia, como en aquella funesta ocasión, sino en sentido inverso, por las Ramblas, hacia el puerto, hacia el primer puerto de España.

Las Ramblas son paseos llenos de embrujo, son ríos de gente encauzados por los árboles y la edificación. Las Ramblas son el centro de todo y de todos. En las Ramblas topará uno con bípedos ociosos que sueñan, o fingen soñar, en las sillas, hileras de sillas, de los costados; con obreros que pasan rápidos hacia las fábricas, hacia los talleres, hacia los mercados; con mujeres elegantes, con mujeres vestidas de percal, y con mujeres de vida airada; con gitanos, con mercachifles, con rateros que roban a la luz del día; con periodistas que se dirigen a las muchas redacciones próximas al teatro del Liceo, con horchateros, en verano, y castañeros, en invierno, con vendedores ambulantes, con floristas, con bohemios, con mozos de cuerda... con todo bicho viviente. Y esa batahola humana se moverá en un marco divino de flores, de fuentes de agua fresca, de templos, de un abigarrado conjunto que hinche el pecho de ganas de reír, y de gritar, y de hermanarse con este pueblo laborioso que da a España buena parte de su riqueza. Las Ramblas —la de Canaletas, la de los Estudios, la de San José, la de las Flores, la del Centro, la de Santa Mónica... van todas descendiendo suavemente hasta el "Monumento a Colón", que se yergue, excelso, con el mar a un lado, y el monte Tibidabo en la lejanía, al otro, mientras que sobre la extremidad meridional se levanta el hosco castillo de Montjuich, y, al N.O., la sierra de Matas muestra su altivez.

Yo creo firmemente que este monumento es el más bello de entre los que se han levantado al gran descubridor. Su base, decorada con esplendidez, mantiene la columna de sesenta metros de altura rematada por el globo que "soporta" la estatua colosal del navegante. "Es obra —nos dice Cúneo Vidal— de Cayetano Buhigas. Sus figuras complementarias son de Carbonell, de Carcassó, de Gamot y de Asche. Colocado sobre su pináculo, el genovés contempla la cerúlea expansión del Mediterráneo, el mar de la raza latina, en cuyas orillas transcurrió su adolescencia, y sobre cuyas olas se formó su educación de marino. Su mano derecha señala con un amplio ademán el camino de aproche al Nuevo Mundo; su mano izquierda sostiene una carta geográfica a medio desplegar. Este último detalle altera la serenidad de la estatua. Vista de lejos, la figura de Colón parece sostener en sus manos una cosa retorcida, acaso un pez vivo, al que tratara de sofocar estrechándolo enérgicamente".

He llegado al puerto, desde la plaza de Cataluña, huelgo a huelgo, en muchas etapas, cansado a pesar de los innumerables descansos, y admiro la estatua desde una perspectiva apropiada. Confieso mi ignorancia, pero no logro advertir, por más es-



Monumento a Colón

fuerzos que hago, nada que altere ninguna serenidad. Serenidad del quehacer febril —serenidad en la fiebre—, del trabajo redentor, de la actividad enriquecedora. Los mástiles de los navíos, los trasatlánticos pegados a los muelles, el humo de las chimeneas, los hombres en ajetreo constante, el cielo azul clarísimo —azul, ese maravilloso quinto color del espectro solar—, los albos cirros que se pasean, remolones, por el cielo, todo parece delatar la tranquilidad, el sosiego y la armonía del universo en feliz alumbramiento.

Súbito, consulto el reloj de pulsera, doy un respingo, y tomo el primer taxi que se me aproxima. A buen seguro que mis amigos estarán impacientes y me esperarán con la mesa puesta. ¡Valiente trastada la mía!

F. CONTRERAS PAZO

Madrid, marzo-agosto de 1983

Tejer mitos

El teatro, en todas sus formas, es una creación colectiva. No depende solamente del autor, como el poema o la novela, sino de todo un conjunto de aportes que se combinan para producir un resultado final que es siempre sorprendente y que constituye la verdadera obra de creación. El texto del autor no es sino un pretexto, en el más exacto sentido de la palabra. Sobre esa base de palabras escritas intervienen con la presencia viva los otros factores que, al final, no son menos importantes: el director o "metteur en scene", los actores, el público y, finalmente, la crítica. A veces uno de los factores predomina, a veces queda sumergido y desnaturalizado por los otros.

La experiencia es muy conocida. Cualquier obra dramática puede dar versiones diferentes en manos de diferentes directores. En ocasiones son los actores los que predominan. Los grandes intérpretes se apoderan de las obras y hacen de ellas creaciones personales. El Hamlet de Olivier no se parece al de los otros grandes actores, y el caso de Sarah Bernhardt fue famoso porque sobre los textos de la obra hacía una creación propia muy liberada del texto y de las intenciones del autor. No basta con la obra escrita ni con la concepción de los directores y la actuación física de los actores para completar la creación colectiva porque es el público el que, finalmente, le da su sentido definitivo. Lo que el espectador recibe no solo es un texto, interpretado por directores y encarnado por actores, sino una experiencia propia que puede transformar el sentido de la obra y darle un carácter distinto. Lo que ese ser, sentado en su butaca, recibe y entiende es la versión final y válida de todo el proceso. Es su condicionamiento subjetivo el que da la versión final del gran esfuerzo de tantos. Lo que ese espectador comprende o cree comprender, lo que recibe o cree recibir, desde sus condicionamientos y limitaciones personales, es, ciertamente, la definición final de la obra colectiva.

Pero no termina allí el conjunto de los factores. A ellos se añade otro personaje muy influyente, que es el crítico dramático. Su interpretación escrita sirve para calificar y definir la obra y para darle, en bien o en mal, por un momento un sentido predominante. Todo este complejo conjunto le otorga a la obra teatral su carácter único, su fascinación y su riesgo.

Hace poco tuve la oportunidad, extraordinaria para mí, de presenciar la puesta en escena de una obra mía ante un público extraño, en un medio cultural muy distinto de aquel que la obra pretende expresar. Lo que en ella pretendí expresar es el poder creador, con todos sus riesgos, que los hombres compartimos. Continuamente y en cualquier ocasión todos estamos creando personajes y fabricando mitos sobre las personas reales que creemos conocer. Lo que pretendemos saber de los otros, aun de los más allegados a nosotros, es en gran parte una creación gratuita, una continua y fatal fabricación de personajes, acaso irreales, por medio de una deformante representación de los otros, que nunca cesa, que, a veces, es más poderosa y válida que las creaciones literarias y termina por dar vida real o más que real a poderosos mitos benéficos o destructores. En el original llevaba el nombre de uno de los personajes míticos y posiblemente inexistentes; en inglés le pusieron **"Myth weavers"**, tejedores de mitos.

Era una ocasión extraordinaria para mí de llevar a un medio cultural muy diferente una obra que estaba integrada a una situación cultural distinta y peculiar. Era no sólo salir de una ciudad del Caribe para llegar a Seattle, en el paralelo 47 al borde del Pacífico y de la frontera de Canadá, sino llevar en otra lengua una obra concebida en un clima cultural y en una lengua distintos y distantes, con sus peculiaridades intraducibles. Pasar, rápidamente sin transición, del trasfondo mágico del mundo latinoamericano al ambiente de una moderna ciudad industrial, sede de la más avanzada tecnología y de una mentalidad concreta y pragmática, que tiene del teatro y de la vida un concepto muy poco asimilable al mundo mágico del Caribe.

Tomó la iniciativa de esta experiencia el Teatro Intiman de Seattle, que, bajo la dirección de gentes de vocación creadora y ávidas de todas las formas de lo humano, se atreve a presentar un teatro de otras latitudes y de otra dimensión distinta de la habitual en aquella colectividad. Ya lo habían hecho con otras alemanas y suecas, y ahora lo han ensayado con una obra de América Latina, muy penetrada de su mundo mágico.

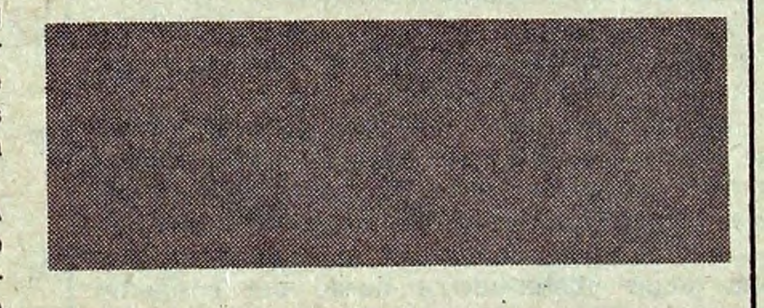
Presencié, con asombrada y temerosa curiosidad, lo que un director imaginativo, como Gustavo Tambascio, lograba dar de poesía y de irrealidad mágica por medio de una visión plástica muy rica en evocaciones, igualmente lo que un excelente conjunto de actores estadounidenses alcanzaba en una verdadera trasmutación de personalidades y, para mi contento, aquel público de otro mundo llenaba la sala y aplaudía con espontaneidad un teatro tan ajeno a ellos.

Con los críticos la cosa fue más difícil. No correspondía la pieza a lo que estaban habituados a hallar en el teatro y les produjo cierta dificultad de comprensión a algunos de ellos.

En aquel espectáculo estaba viva y lozana la acción real del teatro, la de crear una obra colectiva que inevitable y fecundamente era más de ellos que mía.

Arturo USLAR-PIETRI

Caracas, 1985
Exclusivo para EL DIA



Ardides y contraardides (II)

Tras los rastros de los ardides que menudearon durante el proceso capitulador de Montevideo, es de recordar que los concertantes en la Casa de Pérez el 20 de junio, habían garantizado bajo la fe de su palabra y honor, la paz, la vida, los bienes y el mantenimiento de los símbolos patrios tradicionales en la ciudad ocupada. La historia registra una sensible alteración de lo convenido entre Alvear y Vigodet, éste representado por sus emisarios Vargas, Acevedo, Vilardebó y Gestal, en nombre de las fuerzas vivas de la población

EL CONTRAARDID DE LA RENDICION

Sin dejar de admitir el acuerdo de honor propuesto, Alvear dejó de tenerlo en consideración a poco de penetrar en la plaza rendida. Lo calificó como solamente tentativo, preliminar e inconcluso, por cuyas razones lo desconoció. Adujo que en ningún momento había sido ratificado, lo que le había permitido "renovar la agresión" y escudarse evitando cualquier engaño o sorpresa españolista.

Admitió que se había valido de "Contraardid" (vocablo de su propio cuño) de hacer creer en lo convenido, aprovechándose después de la ocasión favorable que se le presentó para soslayarlo. El siguiente jueves 30/VI/1814 en proclama a los habitantes, les dijo que en realidad había entrado a "todo trance" y riesgo, con la decidida intención de ajustar su conducta por la que observase el enemigo. Por lo cual pretextó y tergiversó la razón de sus actividades ante la presencia cercana de las partidas torguesistas y de sus gestiones mantenidas con la diputación del Cabildo (de tonalidad en un todo acorde al principismo y espíritu de la idealidad artiguista) y decidió su enfrentamiento. En forma pública explicó que se trataba de una conocida treta enseñada y practicada "en la escuela de la guerra".

Justificó su sorpresiva agresividad ante aquellos, en el supuesto de su connivencia para atacarlo. E incluso que especularan con retrasos de mala fe para demorar la ratificación del acuerdo y lograr apoderarse de Montevideo "a discreción".

El diario del poeta testigo versifica:

"La Blanca y Celeste insignia
Del Argentino Gobierno
En el Cerro y Ciudadela
Enarbolaron a un tiempo.
Con otra salva la Escuadra
La saluda; y antes de esto
Vimos la Hispana Bandera
Descender con menosprecio.
Así Alvear de los tratados
Violando el tenor expreso,
De infracciones más notables
Excita tristes recelos"

Así fue que se posesionó de las fortalezas, parques, embarcaciones mercantes y de guerra surtas en la bahía, armamentos, medios de locomoción y transporte, la imprenta y múltiples implementos de inestimable valor, que en forma automática pasaron a engrosar como gigantesco botín, primero las filas de su ejército y después serían trasladadas a la vecina orilla en significativa proporción.

A las 15.00, Alvear recibió al Cabildo que, de gala, presentó sus saludos y se puso a su disposición para colaborar en la pacificación.

Vigodet fue alojado en la nave insignia "Hércules" del comodoro Brown, con las consideraciones de estilo en estos casos. Sus cuatrocientos oficiales fueron igualmente detenidos y en buena parte remitidos a Buenos Aires. El gobernador Vigodet sería luego desterrado a bordo del bergantín "Nancy", a Río de Janeiro. Las tropas de guarnición una vez desarmadas, fueron alojadas en el Arroyo Seco, en la panadería de Pérez y en el Caserío de los Negros esclavos. En su mayoría habrían de pasar a formar parte del ejército bonaerense.



Carlos de Alvear, general en jefe del "Ejército del Este", que ocupó Montevideo el 23 de junio de 1814, dando fin al régimen hispánico rioplatense, e iniciación a la ocupación en nombre del Directorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Al cabo de su meteórica actuación en nuestro medio (10/V al 31/VII/1814), se retiró a Buenos Aires con la aureola de su éxito, aunada a la de "pacificador" y conciliador de la Provincia Oriental, en cuya virtud el nuevo Cabildo aporteñado le confirió el cargo de "Regidor Perpetuo"

Intentó atenuar sus medidas con proclamas en las que afirmó que no serían tenidas en cuenta ni crearían perjuicio, las opiniones que se hubieran manifestado por los moradores, prometiendo garantizar sus vidas y propiedades. Lo que hizo anotar a Acuña de Figueroa:

"Invita Alvear a que goce
Placer, confianza y sosiego.
Mas ¿qué placer ni confianza
Podrán dar vanos conceptos,
Cuando al solemne tratado
Se falta antes del sol puesto?"

En regocijada demostración de su conquista remitió por intermedio del coronel José Moldes la primicia de las banderas de las guarniciones montevideanas de los Regimientos de Infantería de Línea, de Lorca, de América, Provincia, Albuera y Madrid, obtenidas en la ocupación.

En el cuadro de la oficialidad española apresada figuraban dos mariscales (Vigodet y el subinspector Orduña), siete coroneles, once tenientes coroneles, ocho sargentos mayores, veinticinco ayudantes, diez abanderados, nueve capellanes, ocho cirujanos, ochenta y cinco capitanes, ciento siete tenientes y ciento dieciséis subtenientes.

Más de cinco mil quinientos soldados de cuerpos veteranos y de milicias hispanas quedaron en poder del Ejército del Este, muchos de los cuales integraron sus filas. Según la minuciosa descripción del sargento mayor Nicolás de Vedia (que había recibido la entrega simbólica de las llaves de la ciudad al producirse la evacuación hispana), pertenecían a la Infantería de la Provincia, a la Artillería Veterana, Dragones, Lorca, América, Granaderos a Caballo, Sevilla, Blandengues, Madrid, Albuera, los retirados de Colonia, la partida de la Plaza, el Batallón de Marina de Chain, los morenos a sueldo, los piquetes de Miñones, el Cuerpo de Ingenieros y el Estado Mayor, que reunían más de tres mil hombres. El resto estaba compuesto por milicias de voluntarios de Infantería, Caballería de Maldonado, emigrados de Uruguay, Neira y López, Infantería de Extramuros, Milicias de Caballería agregadas a los Dragones, partida de Escalante, Compañías de Mujica, Sobera y Santa Lucía, de Caballería agregada a la Artillería, Cuerpo de Artillería Nacional, nuevos morenos y Batallón de Distinguidos del Comercio.

EL RECLAMO DE VIGODET

Una vez en Río de Janeiro Vigodet denunció ante la opinión pública y ante las autoridades diplomáticas, políticas y militares el insuceso de su dramática coyuntura montevideana. Lo calificó de "atropello malicioso y estudiado" y emitió su protesta por la violación de la fe pública, las normas educativas, el honor personal, nacional y militar conculcados, ante los Derechos de Guerra y de Gentes.

Señaló las irregularidades cometidas y la deslealtad de conducta de Alvear, con la presentación de las pruebas en su poder acerca de la aprobación del convenio y de su inicial puesta en cumplimiento (Río de Janeiro, 16 y 20/VIII/1814).

La repercusión regional del reclamo determinó al director Posadas a pedir a Alverar un informe circunstanciado acerca de su conducta militar y política en la rendición, como conveniente al honor de su propio gobierno y al decoro del Estado. Consistió en una amplia "Exposición" cuya redacción se ha atribuido al Dr. Manuel García divulgada en Buenos Aires el 29/XI/1814. Busca ser un justificativo y réplica de la acusación. Su contenido proteico y elusivo pretendió cohonestar sus procedimientos mediante la tergiversación e intercalación a destiempo de hechos y gestiones de los participantes. Revirtió el ataque afirmando que, por lo contrario las "falsas imputaciones de Vigodet" vulneraban en forma injuriosa su proceder y reputación.

D. NICOLAS RODRIGUEZ PEÑA, CORONEL DE LOS EXÉRCITOS de la Patria, Presidente del Consejo de Estado, Delegado Extraordinario de S. E. el Director Supremo, y Gobernador Politico y Militar de la Provincia de la Banda Oriental del Rio de la Plata etc. etc.

Ocupada la Plaza de Montevideo por las armas del Estado ya no quedaba mas que hacer para restituir los dias felices debidos á esta hermosa porcion de nuestras Provincias Unidas que conseguir la tranquilidad de la campaña, que por resultas de los eventos anteriores continuaba todabia en ser agitada per el estruendo de las armas. Este era el deseo más vivo de los ciudadanos y habitantes de estos lugares, y este el obgeto mas importante de los conatos del Gobierno. Semejante momento ha llegado; y tengo el placer de transmitir á la publica inteligencia la interesante comunicacion que sobre la materia acabo de recivir del General D. Carlos Alvear y és como sigue. = Tengo la satisfaccion de comunicar á V. S. que ayer á las siete de la tarde llegaron á este quartel general los Diputados de D. José Artigas, con la ratificacion de las transaciones conbenidas anteriormente. La guerra en consequencia ha terminado del modo mas feliz, y yo me dispongo á regresar hoy mismo asia ese destino con el exèrcito de mi mando. Todo lo que pongo en noticia de V. S. para su satisfaccion y demas fines convenientes. = Dios guarde á V. S. muchos años. Quartel general en el Canelon 22 de Julio de 1814. = *Carlos de Alvear.* = Sr. D. Nicolas Rodriguez Peña, Delegado extraordinario del Director Supremo. = Y para que llegue á noticia de todos suceso tan plausible publiquese por bando en la forma ordinaria, fixense copias en los parages acostumbrados, y dese á la prensa. Dado en la casa del Gobierno de Montevideo á 22 de Julio de 1814. = *Nicolas Rodriguez Peña.* = *Manuel Moreno*, Secretario.

En Montevideo á veinte y dos de Julio de mil ochocentos catorce. Se publicó por bando el antecedente auto á vos de pregonero en los parages publicos y acostumbrados de esta ciudad donde se fixaron copias concurriendo á dicha publicacion uno de los ayudantes de esta Plaza con una compañia de granaderos á toque de caxas de guerra y la musica correspondiente, de todo lo que yo el escrivano doy fé. = *Pedro Feliciano de Cavia*, Escrivano de Gobierno.

El flamante jerarca de la dominación porteña en nuestro medio, comunicó a voz de pregones y músicas (como certifica el supremo vocero antiartiguista Cavia) la circunstancial ratificación de las transacciones entre Artigas y Alvear

HABITANTES DE LA PROVINCIA ORIENTAL.

Yo me separo de vuestro Pais, y me despido de vosotros. El tiempo que he estado en el me ha hecho conocer vuestras virtudes y el caracter que os constituye hijos de la grandeza. Mi amistad es el distinguido fruto de este conocimiento. Yo ayudaré, en quanto pueda, vuestras marchas á la cima envidiable de la gloria á que felizmente se dirijen todas las Provincias unidas. Gusto de vuestra moderación, y de ese ardor sublime que hace el carácter de los hombres libres. Todo mi afecto reafirma las ventajas de la union que hemos consolidado, y hará estable vuestra felicidad. Entregaos pues á todos los encantos de la fraternidad, saludando el restablecimiento de la paz, de la concordia, y la libertad con que tengo la satisfacción de felicitaros.

Montevideo 27 de Julio de 1814.

Alvear

La despedida fraterna y pacifista de Alvear a los Orientales

En su relato buscó igualmente justificar la persecución y siguiente ataque a la vanguardia de Torgués (tema de otra nota). Abundó en demostrar que no existió ninguna capitulación y que en la ocupación de Montevideo su conducta y la de sus hombres había sido plenamente ajustada a las leyes de la guerra, sin ninguna clase de desmanes, con elevado y generoso espíritu de tolerancia y clemencia.

LA ACCION FRATRICIDA DE LAS PIEDRAS

Pronto había olvidado Alvear sus promesas a Torgués formuladas apenas dos semanas atrás, de poner Montevideo en manos orientales. Este había proseguido entre tanto las gestiones consiguientes, acordes con la política artiguista, manejándose a diapasón de las circunstancias, sin comprometer su causa para favorecer el cumplimiento de aquel objetivo. Envió entonces al Dr. José Revuelta, solicitándole la entrega prometida, al cabo de la capitulación ya aceptada.

Sobrevino la inesperada ocupación alvearista a todo trance y pretextada "a discreción". Ante el incumplimiento, Torgués buscó dar su protección y entenderse con los soldados evocados al margen de los términos de la capitulación soslayada, según propuesta del mismo viernes 24 de junio.

Pero Alvear no descuidó un instante el panorama interno y externo prevaleciente. Desde la medianoche del jueves, se había adelantado a contrarrestar cualquier posibilidad de progreso de iniciativa local que debilitara la autoridad centralista. En la madrugada de ese viernes planificó un sorpresivo operativo que él mismo dirigió al frente de mil doscientos hombres distribuidos en tres divisiones al mando de Valdenegro, Hortiguera y Román Fernández. En fulminante ataque culminado a las 20 horas, diezmó y dispersó a la bisoña vanguardia oriental de Torgués en la villa de Las Piedras, persiguiéndola hacia Canelones y Santa Lucía, apoderándose de valioso material militar.

Así culminó la treta de entendimiento auspiciada por el político-militar en ambos sectores de su preocupación, para imponer la dominación unitaria. Nada menos que a sangre y fuego, que a poco andar reanudaría la contienda fratricida.

ILUSA PACIFICACION

En los últimos días de su corta actuación montevideana, se vio impelido a reanudar las postergadas inteligencias con Artigas, por un procedimiento similar al asumido con Vigodet. El convenio contemporizador fue suscrito entre Alverar y los delegados de aquel, Barreiro, García de Zúñiga y Calleros. En carta a José de San Martín consideró haber "humillado" al Jefe de los Orientales a través de un pacto de "amnistía a todos los que lo seguían, con lo cual ha concluido felizmente también esta guerra, que hubiese sido muy prolongada y fastidiosa". (Montevideo, 11/VII/1814).

No importa incursionar en el articulado del acuerdo, pues la historia demuestra la reanudación de las desinteligencias y de cruenta guerra civil. Eso sí, le valió a Alvear para promociones como fraterno conciliador y pacifista triunfador, aureola significativa de su próximo encumbramiento político.

Flavio A. GARCIA

(Especial para EL DIA)

Cimentada la base de la absoluta independencia, sobre la que debe erigirse el edificio de nuestra subsistencia política; creo es un deber mío reconocer al heroyco Pueblo de Montevideo, una parte de este gran todo oriental. Sus necesidades hieren vivam.te mi corazon, y asi desde este momento vivan V. SS. persuadidos, que arrostraré todos los peligros, y daré una marcha rapida a mis Providencias, p.a salvar a mis hermanos de el imminente riezgo, en q.e los ha constituido la opresion de los liberticidas de Buenos Ayres.

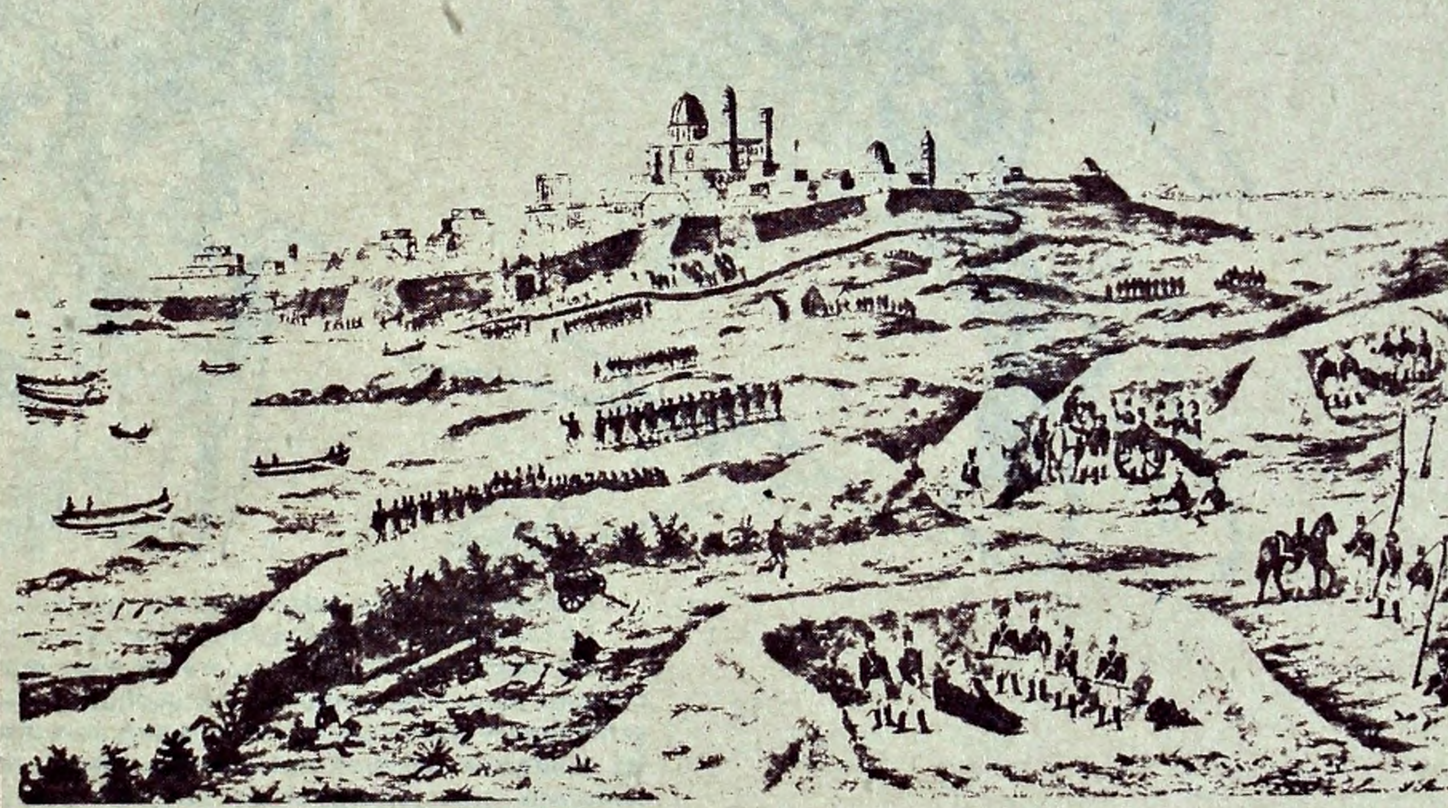
Dios gue. a V. SS. m.s a.s
Puntas de S.n Jose 20 de Junio de 1814

Fernando Torgues

S.res Diputados de Montevideo

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION ARGENTINA

En la congruente y legítima aspiración, de inequívoco contenido artiguista y falaz ofrecimiento alvearista de "ver la Plaza de Montevideo en poder de mis Paisanos", Fernando Torgués afirmó desde las Puntas de San José el 20 de junio de 1814: "Cimentada la base de la absoluta independencia, sobre la que debe erigirse el edificio de nuestra subsistencia política; creo es un deber mío reconocer al Heroico Pueblo de Montevideo, una parte de este gran todo Oriental. Sus necesidades hieren vivamente mi corazón y así desde este momento vivan Vuestras Señorías persuadidos, que arrostraré todos los peligros y daré una marcha rápida a mis Providencias, para salvar a mis hermanos del inminente riesgo, en que los ha constituido la opresión de los liberticidas de Buenos Aires."

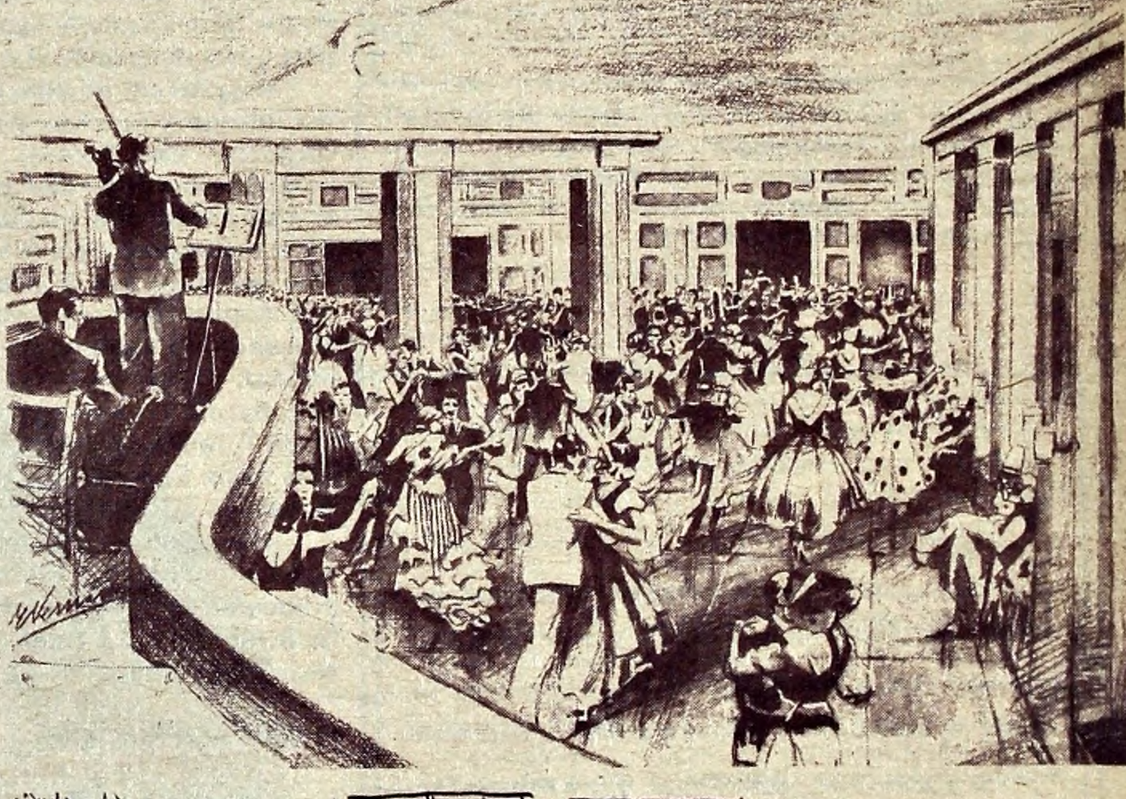


La divulgadísima lámina "Entrada del Ejército bonaerense a Montevideo" plagiada del famoso cuadro del pintor Eduardo ORME "Storming of Montevideo", que, dedicado al general Auchmuty, representa el ataque británico de la madrugada del 3 de febrero de 1807, ocurrida más de ocho años atrás. Ariosto Fernández denunció la falsificación iconográfica, modificaciones, supresiones, agregados y retoques de adecuación, en el N° 1071 de este Suplemento, en 1953

Carn

alegoría de

(Dibujos de Edu





Carnaval, alegoría del pueblo...

Lo fue en los carnavales de antaño.

Lo sigue siendo aun hoy, frente a un mundo opuesto al que le unían las serpentinas, mudas expresiones entre risas picarescas que, tras el antifaz, dejaban la perla de la sonrisa o el fragor de la carcajada loca... incógnita del lenguaje a la distancia...

Aquellos carnavales que tuvieron sus grandes bailes en el antiguo Rambla Hotel de Pocitos, o en Parque Hotel del Rodó. Y no digamos del Teatro Solís, que fueron famosos por sus disfraces. En la madrugada y en coches abiertos recibían sus máscaras el aire puro que envolvía los cansados gestos del esfuerzo por divertirse...

Todo esto pertenece al carnaval romántico de otros tiempos.

Y tal vez suene a cursi.

Hoy, los corsos ya no tienen la enramada de papelitos y serpentinas de colores. Es un carnaval profesional. Aunque se haga con entusiasmo y respeto en parte a la tradición.

Pero posee otras características bellas y vistosas, como el ropaje que enriqueció aquellas murgas

...aval

...pueblo...

...do Vernazza)



trajes de arpillera con enormes botones dorados sus chaquetas... Hoy, el murguista, la comparsa, e tiene otros nombres que las individualizan por ilo, llevan al desfile un compromiso de honor en nto a la presentación se refiere.

Y desfilan con el espacio dado para dar el panoa que el jurado premiará.

Vendrán luego los morenos avasallando con tamboriles en el repiqueteo de la noche bullisa. Estos, que siguen con el mismo "borocotó" pasado, desvirtuaron, con la imagen de la "vete", la negra polleruda y de cargadas enaguas que resplandecían de blanco al cambiar de movimiento al compás de la lonja tensa.

Pero siempre es la fiesta del pueblo. Ese que acapara las sillas desde el mediodía para esperar pacientemente la noche, que parece no llegar nunca. Como no llegarán más las encendidas cabriolas del "marqués" y los coches enracimados en miles de colores, enredados entre el audaz joven y la dama de antifaz, que sabía decir en el brillo de sus ojos todo el universo de la poesía carnavalesca.

E.V.



Veinte mil guaraníes...

Se detuvo en el linde de la aguada. Ligeramente vaporoso, el monte de guaimipiré yacía bajo el marasmo de la madrugada. había olor a venado, trillos de mboreví, rastros de oso hormiguero. Escuchó algún ladrido lejano y caminó con lentitud, aventurando pasos sobre la negra argamasa del barrial profundamente cuarteado. No preveía peligro, de este lado; allá enfrente, en cambio, la superficie se sustentaba apenas sobre un vasto lodazal encenagado. Muy arriba, como ingrávida araña fantasmal, un sigiloso monito mirikiná contemplaba desde la enhiesta copa del "palo blanco", sobrecogiéndose por el estruendo de los lengüetazos.

Bebió ávidamente, el tigre. Con las paletas trémulas, se detuvo de a ratos para escuchar un eco asordinado que venía culebreando entre los carriles. Pesado con tanta agua, comenzó a retroceder esforzadamente hasta llegar a tierra firme. Volteó allí las orejas, sin dejar de ventear y recogiendo levemente el belfo. En la celeste esfera de las copas, el monito se desplazaba tras los iridiscentes cendales de la espesura. Y hubo un silencio, después, interrumpido apenas por siseos de brisa.

Al despuntar la luz de aquella alborada, un aura macilenta recortaba confines de malezales. Viento Norte, soplaba. Por allá lejos, en el dédalo de trillos y picadas cundía la marcha de los perseguidores: un afanoso gañido, ruido de ramas quebradas, la disparada de un conejo montés, un volido, retumbos...

Hizo una mueca, el tigre. Al trasponer las puntas de la aguada giró hacia la derecha, enderezando rumbo a los socavones de un antiguo carril abandonado. Trotó en forma pesada hasta fundirse en la zarza. Y el monito giraba la cabeza alternativamente: hacia arriba venían los cazadores; ahí adelante, en cambio, tras la nocturna boca del carril se alejaba, estirándose, el reguero de aquel enorme espanto sigiloso.

El perro costaleó sorprendido por la repentina acritud del husmo. Había una gigantesca huella, por allí; estampada frente a los raigones de un palo santo. Y erizó el espinazo, prorrumpiendo en tres secos ladridos. Los dos perros más jóvenes para-

ron las orejas. El blanco se detuvo, desorientado, mientras el barcino pechaba la mata de duraznillos en dirección al torido del tigrero viejo. Este marchaba ligeramente contraído, ahora: tenía una brusca crispación, con el encono de aquella tufienta rastrillada.

Entre malezas y tunas, la brisa mañanera remolineaba intermitentemente. Iba y venía el olor, muy débil y apagado. Había trillos de chanchos, pisaditas del guazubirá, senderos de armadillos. Por aquellos carreros del tapir, en cambio, no se veían huellas. Pero estaba el husmo, siempre, disfumiñado desde las improntas del rastro.

Ladró el barcino, atrás, y el blanco inexperiente, recién entonces siguió a su compañero. Tenía sed y calor. Pero había un soplo húmedo, hacia adelante, pronunciándose hasta el declive del arenal.

La voz sonó muy lejos:

—¡Usca, usca!

Venía jadeando, el hombre; de camisa hecha trizas y a las grandes zancadas con aquellos viejos zapatones cuarteados. Esgrimía un viejo mauser, mientras hachaba de zurda con el filoso "Yacaré".

—¡Juí-juijuijuiiii! ¡Tigrero! —azuzó agudamente.

Y atropelló agachándose, para enfilar sobre el curso de la corrida. Iba cuerpeando trabajosamente: eslabón y quebracho, palo verde, tunales... ¡Era un yaguareté!. ¡Veinte mil guaraníes, sólo con atreverse! Pero sin agujeros en el cuero, claro. Trampas, sal, municiones, café, botas, sombrero, zaraza, poncho azúcar...

—¡Tigrero! ¡Juí!

Viejo, flaco y desdentado, de grandes y sombríos ojos alucinados, el hombre se hamacaba a los tumbos entre los zarzales. Y se detuvo finalmente a orillas del resquebrajado barrial. Dio vuelta la cabeza, para oír y atisbar: arañazos de un gran bicho, los ladridos, esas dos grandes huellas... silencio... ¡y allá iban!

Hubo una larga pausa expectante.

Titilando entre los espirales del "ysipó", los ojos del monito chispearon levemente. Se abrieron más, aun, despavoridos, mientras la sombra humana se sumía, a su vez, en el oscuro socavón del carril.

————

Cual si fuera un enorme diapasón, la vastedad del monte prolongaba los ecos. Hacia los hondones del sur, junto a un cauce se arracimó la gigantesca piara de pecaríes. Escuchábanse los ladridos, entre las soterradas brechas del laberinto. Y el venado voló como un fantasma trémulamente sigiloso. Muy cerca de la aguada, el viejo mboreví —un tapir enorme— se confundía entre los cedazos de las sombras. Y los ladridos de la perrada se desmoronaron de norte a sur junto a las sostenidas rachas del viento. Había soplos muy fuertes que brizaban las sendas con chispitas del arenal. Desde el fondo de aquella tolvanera, acres y malolientes, discurrían los hedores de la persecución. ¡Allá iba, la corrida! Describiendo un enorme semicírculo; tironeada de lejos por los retumbos del pesado galope.

Hasta que se detuvo, el tigre. Había cojeado mucho y dio una media vuelta rasqueteando la testa y el pelerío contra los pinchos del crispado ramaje. Semioculto entre gajos y hojarascas, volteaba las orejas agachándose a ras del piso. Habría corrido más de medio kilómetro. Y ahora oteaba, inmóvil, rumbo al grito ululante:

—¡Juiiiii... uh!

Sonó un aullido sostenido, más adelante. No muy lejos, husmeando tembloroso, el perro viejo rodeaba las fragosidades de la mata. El tufo de la fiera, tenuemente, parecía empozarse entre las asperezas del bajío. Andaba cerca, el bicho. Y habría que zigzaguear con muchas precauciones, anticipando el envión de alguna atropellada. Pero esas huellas marchaban rectamente bajo la oscilante penumbra.

Cesó de aullar, Tigrero, reculando mientras venteaba. Y el hombre venía cerca, ahora.

"Rengo, el tigre" —pensó difusamente, sobre el rastro. No iba a subirse a ningún palo, así. Se empacaría en el suelo. Y ahí tendría que agujereario, siempre que se pudiera... Medio cuero, nomás; apenitas diez mil. ¿Veinte mil, precisaba? Veinte mil... Trampas, sal, municiones, botas de Filadelfia, el sombrero y el poncho, el vestido, el azúcar. En una buena horqueta se dejan fusilar: a la nariz, al espinazo, en la frente. Pero tendría que estar intacto, ese cuero. Si el bicho se empacaba sobre el piso...

Tambaleó, al suspirar:

—¡Ay madrecita!

El revés de un chañar lo dejó sin sombrero. Y al fin soltó el machete, también, cubriéndose la cara con la mano. ¡El machete!... Tropezó nuevamente, bamboleándose. Y al ir así —de espaldas al crepúsculo— la floresta parecía como un muro de sombras perforadas por haces de fugaces chispitas saltarinas.

El hombre se detuvo. Trató de sosegarse y ordenar las ideas. Mientras caía el sudor sobre la frente, parpadeó varias veces boqueando silenciosamente. Zumbaban los oídos y latía todo el cuerpo. Sin el machete, la mano izquierda caía como flotante, casi. ¿Qué estaba haciendo, aquí? ¿Por dónde andaba? A eso de cuadra y media, los perros daban vueltas y más vueltas. Alla estaría el tigre. "Yaguareté tuyá". Tenía que matarlo y agujerear la piel, nomás. Aunque sólo fuera por diez mil guaraníes. Medio cuero. ¡Quién sabe!... Tal vez podía acabar entre estas hórridas suciedades polvosas. Por diez mil guaraníes, zaraza, chucherías, "provista", las botas... Aullaban por allá, los perros. Bastante cerca. ¿Y ahora? Allí mismito, acaso; tras esas lucecitas de los matorrales de enfrente que se empinaban como salpicaduras azulosas.

—¡Tigrerooo!

De ojos despavoridos, sacudiendo los brazos y crispando la diestra sobre el máuser, el hombre reanudó la marcha enfilando hacia el ápice del exasperado clamor de la perrada.

—.—



Los gruñidos cundieron por el monte. Asperos y profundos, se escurrían sordamente tras los innúmeros caminitos de esa malla de sendas largamente extendida hacia los recónditos bebederos de la aguada. Había algún movimiento, entre los pecaríes del cauce vecino. Se hubieran dispersado, incluso, de no mediar el ronco aviso del puntero del grupo. Entre los arenales de la costa, el gran tatú carreta cavó imperiosamente. Se iba trotando, un zorro y hasta gritó un carao entre las barrancas. Porque repercutían muy hondamente, aquellos bufidos; adentrándose en los desparejos vericuetos del monte: se estiraban allá, sobre la pendiente de los carreros, se iban ahogando, en cambio, hacia el promontorio de los quebrachales; subían y bajaban, el rebotar en las sinuosas sendas del "león hosco".

Agitando la cola, el tigre columbraba a los tres perros. Con los cuartos traseros sobre la maraña, desnudó los colmillos decidido a esperar. Tenía luz de frente, ahora. Con arrojo y prudencia, el perro viejo comenzaba a describir rápidos semicírculos. Señalando a la pieza, el barcino ladraba hacia la izquierda. Y el animoso perrito blanco pugnaba por aproximarse frontalmente. Pero entre aquel revuelo de hojarascas, los gruñidos subieron de tono junto a la fulmínea atropellada del yaguareté. Y el ahogado gañido se cortó repentinamente, mientras el albo animalito volaba hecho un guiñapo.

Ahí decreció el barullo, prolongándose sordamente a través de un temeroso hostigamiento. Y muy poco después —al acallarse definitivamente la bronca voz del perro barcino— allí a muy pocos pasos el hombre comenzaba a transfigurarse. "¡Mis dos perritos!" —siseó dolidamente. Jadeando como a borbotones, con los ojos brillantes y la boca contraída hasta apretar aquellas descarnadas encías, aún llegó a suspirar:

—¡Tigrero!

Y redobló los ladridos, aquel perro; yendo y viniendo mientras el hombre comenzaba a incorporarse. Tenía el ceño fruncido y el rostro transformado. Empapado en sudor y con toda la ropa hecha girones, sentía un fuerte espasmo.

¡Allí estaba la testa! Y ese disparo sería de refilón, atravesándole el "candelero" de la garganta... Destrozaría el cuero, tal vez. Un tiro sobre el ojo resultaría demasiado riesgoso. ¡En fin! Ahora no importaba. Había que terminar. Concluir cuanto antes. Porque podía pararse, el bicho. Ya agitaba la cola... ¡Yererekoke! ¡Chake! ¡Qué guapito, el Tigrero! Y aquel ojo del tigre empezó a alzarse, como hamacándose hacia arriba mientras el animal se afirmaba súbitamente. Se levantaba, nomás: el dorado fanal —a la altura de la mira— osciló hasta fundirse entre esos fríos fuegos que rielaba el nocturno chisperío...

Junto a la denodada carga de Tigrero —que garroneó de atrás— resonó largamente el estampido. Los ecos remontaron las bocas del carril. Revoloteó la alarma entre los cuervos del quebrachal. Silencióse el carao. Completamente inmóviles, los pecaríes del cauce permanecían estáticos bajo las aguachentas luces del ramerío.

Sacudido por repentino temblor, el viejo abrió la boca dolorosamente. Dejó caer el máuser. Débil, de hombros llovidos, articuló sin expresión alguna:

—Veinte mil guaraníes...

Volvió a mirar, incrédulo: allí, tras la expoliada mata de ramazones, el yaguareté aparecía trágicamente volcado. Ostentaba claramente los enormes ocelos del dorso y un peregrino lustre que espejeó entre los haces del contraluz. Tenía un ojo saltado.

Imponiéndose ante la temida vaharada del tufo, Tigrero tironeaba de aquella piel sin mácula. Pero el viejo apartó anhelosamente, abrazándolo con insospechable energía.

—No me masque esa piel... —susurró quedamente.

Y sostuvo a Tigrero contra el suelo. Quedaron un buen rato, todavía. Tachonados por sombras, anciano, tigre y perro formaban un incierto enredijo bajo las ramas del inextricable guaimipiré.

Alberto BOCAGE

(Especial para EL DIA)



Fotro aérea vertical 1966/67 IGM orientada N-S. Ala izquierda el Cº de la Esfinge, pegado a su paredón, poblado de vegetación espesa, corre el Santa Lucía. La otra masa a la derecha es el Cº de la cueva; su hendidura indica la Isla de los Ombúes. Al N. el Cº de Iriarte

Los Arequitas

¿Dónde nace el río Santa Lucía?

Quizás sean muy pocos los que conozcan el río Araicuaíta. Los españoles le llamaron "de los patos" y también "de Solís", pero los aborígenes lo bautizaron así porque querían significar "río de la alta cueva de piedra": "ara", de la alta; "cua", cueva, "i", río; "ita", de piedra.

Y, en efecto, el actual río Santa Lucía, si bien no nace en el Cerro de la Cueva Alta, adquiere allí su madurez hídrica, aunque durante mucho tiempo los textos expresaron que el Santa Lucía nacía en "el Arequita", que está en realidad alejado unos 20 kilómetros de sus nacientes. Pese a ello, la zona que se halla en las cercanías del Cerro de la Cueva tomó el nombre de "Puntas del Santa Lucía" abonando así la creencia de que allí nacía el río de ese nombre.

Algunos textos más modernos dicen a su vez que el Santa Lucía nace en el Cerro Pelado, a unos 30 kilómetros al norte de la ciudad de Minas. Ante esta diversidad de criterios existentes, el Grupo de Estudios y Reconocimiento Geográfico del Uruguay (GERGU), quiso verificar la realidad de este problema y programó para ello dos salidas de campo. En una, que insumió una sola jornada completa pudo comprobar que el Santa Lucía se alimentaba del agua proveniente de manantiales ubicados al sur de la Cuchilla Grande.

La otra salida, que implicó una mejora en la metodología empleada, consistió en una radicación durante 8 días en el lugar. Así se pudo descubrir, al ascenderse al Cerro Pelado, que desde allí y por la única depresión existente se precipitaba raudamente y de modo agresivo una corriente de agua de gran poder erosivo que bordea al Cerro Pelado por el lado sur, y vuelca luego sus aguas hacia el norte, dando origen al arroyo Barriga Negra.

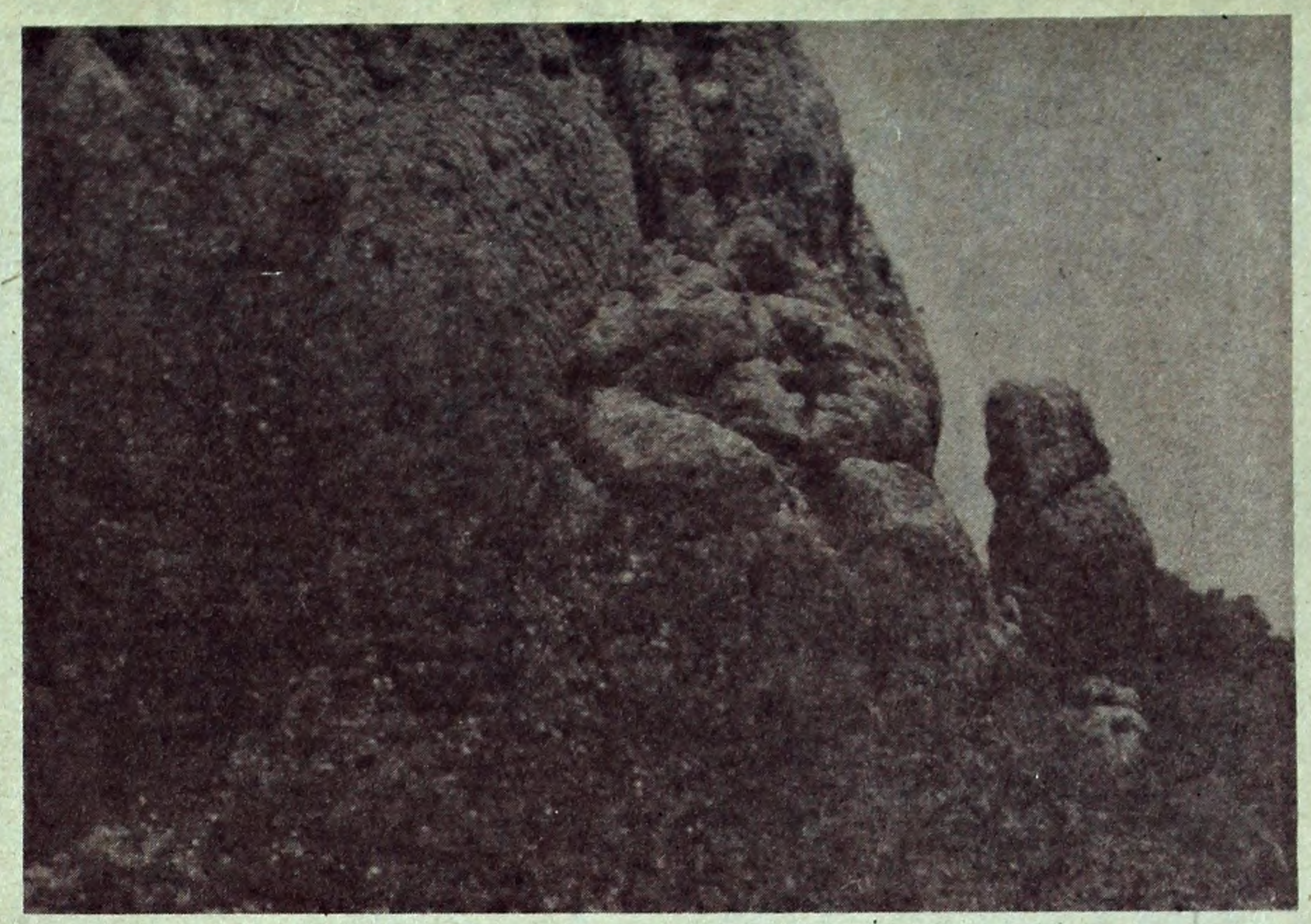
De modo que es la Cuchilla Grande, la minuana, en su confluencia con la Cuchilla de Juan Gómez la fuente principal del Santa Lucía, donde entre cinco dedos de agua como una mano abierta, el "anular"

se destaca lo suficiente como para reclamar ser "el río Santa Lucía". Pero este incipiente curso de agua recibe, además, un kilómetro antes del Cerro de la Cueva, las aguas del Arroyo de los Perdidos y del Arroyo Campanero, cuyo principal afluente es el Arroyo del Penitente.

Se plantea un problema aún no resuelto y que seguramente requerirá mucho tiempo para ser respondido. La pregunta no puede disimularse: ¿es el río Santa Lucía el que nace en las proximidades del Cerro Pelado, en la Cuchilla Grande y la de Juan Gómez, o el Santa Lucía es el actual Arroyo Penitente, siendo el Campanero su "afluente"?

Es imposible no elaborar alguna hipótesis y suponer, por ejemplo, que el Santa Lucía en alguna lejana época deambulaba tranquilamente por la zona del Arequita sin que los cerros interceptaran su cauce.

Pero surgen estos dos cerros, enormes masas de lava volcánica, que le interrumpen el paso. Entonces, el río se repliega y se detiene, formando un pequeño lago cuyo fondo se nutre de las rocas que vienen rodando desde sus orígenes y los de sus afluentes. Poco a poco, el río y su lago van empujando "hacia adelante" y así horadan y vencen la resistencia, abriendo un pequeño cauce, de escaso fondo, por donde la corriente de agua comienza a pasar. De esa manera el Santa Lucía nace de nuevo en esa zona denominada "del Arequita", dejando como testimonio de su parto una terraza formada por los cantos que se fueron acumulando a lo largo de tanto tiempo en el cual el río fue afirmando su presencia.



Un penitente de piedra, separado de la roca "vigila" la entrada de la gruta: El guardián

CONTROVERSIAS TOPONIMICAS

El nombre indígena de Araicuaíta se fue transformando en Arequita y sirve para denominar no al cerro sino al sitio particularmente al "nickpoint" donde el cauce quedó colgado entre los cerros. Los cerros de Arequita son tres. El tercero, es el Cerro de Iriarte, más pequeño pero de igual forma.

La divulgación turística hizo que el Cerro de la Cueva se apropiara del nombre de Arequita mientras que al otro cerro, que también entuba el cauce del río, se ha denominado de Bentancur de los Cuerpos o de la Guardia. Por su parte, el GERGU lo ha llamado Cerro de la Esfinge, en virtud de la semejanza que guarda su perfil con la imagen del monumento egipcio.

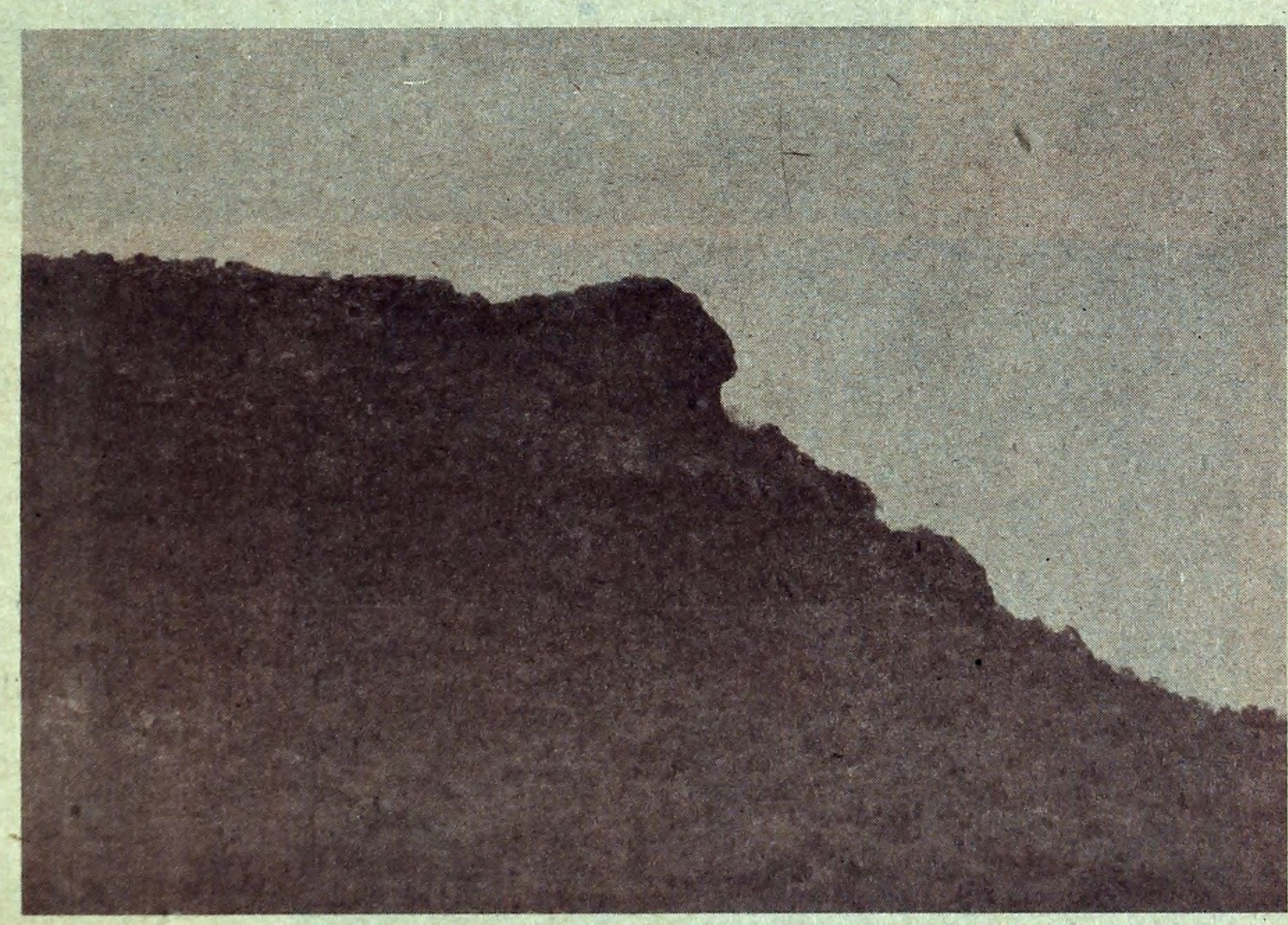
La zona es rica en controversias. Una de las tantas leyendas dice que esos lugares eran temidos y la antigua creencia cargaba la tinta con relatos llenos de miedo. La historia se apoyaba en un hecho real, pues según parece, era muy grande la cantidad de murciélagos y vampiros que por las noches surgían de la cueva y el zumbido aunado producía un tono acústico de gravitación nefasta. Al descubrirse la cueva, los lugareños la llamaron "Gruta de los Murciélagos", pese a ello en su entrada lucía hasta hace poco una placa que la denomina "Gruta Colón" cuya propiedad se atribuyen con fecha de 1873 "Los amigos del progreso".

UN RELICTO DE FLORA QUE MERECE RESPETO Y REVERENCIA

Los Cerros de Arequita emergieron pues de las profundidades de la tierra y pusieron de relieve un material de muy fácil desintegración —riolita traquítica porfiroidea— y al hacerlo sus paredes quedaron pulidas, tan bruñidas que tomaron el nombre de "espejos" de falla, que se presentan con un color carneolítico.

Los tres cerros muestran en dirección sudeste paredones que certifican esa emersión. Son paredones verticales que muestran disyunciones, también verticales, lo que ha facilitado la separación de bloques por la acción de la lluvia y de la humedad. Uno de estos bloques se halla próximo a la entrada de la gruta y ha recibido el nombre de "Guardián de la Gruta".

La zona que bordea al Cerro de la Cueva se ha declarado Parque Nacional con el nombre de Juan Antonio Lavalleja. Hubiéramos preferido que la flora impuesta para recreo de la vista hubiera sido autóctona ya que toda el área se caracteriza por ser un relicto de flora sin igual. La roca viva se muestra de color rojizo, rosáceo, con evidencias de fenocristales de cuarzo, albita y sandinita de estructura fluidal, a



Debajo de la esfinge hay una pequeña protuberancia cuya dimensión no se advierte de lejos



La protuberancia, vista más cerca resulta ser una piedra, cuya altura es el triple de la estatura humana (Foto del Sr. Omar Siré)

Altos paredones de lava emergen poblados de claveles blancos; triangulando el espacio una masa de colubión rica en árboles y pájaros

Los Arequitas

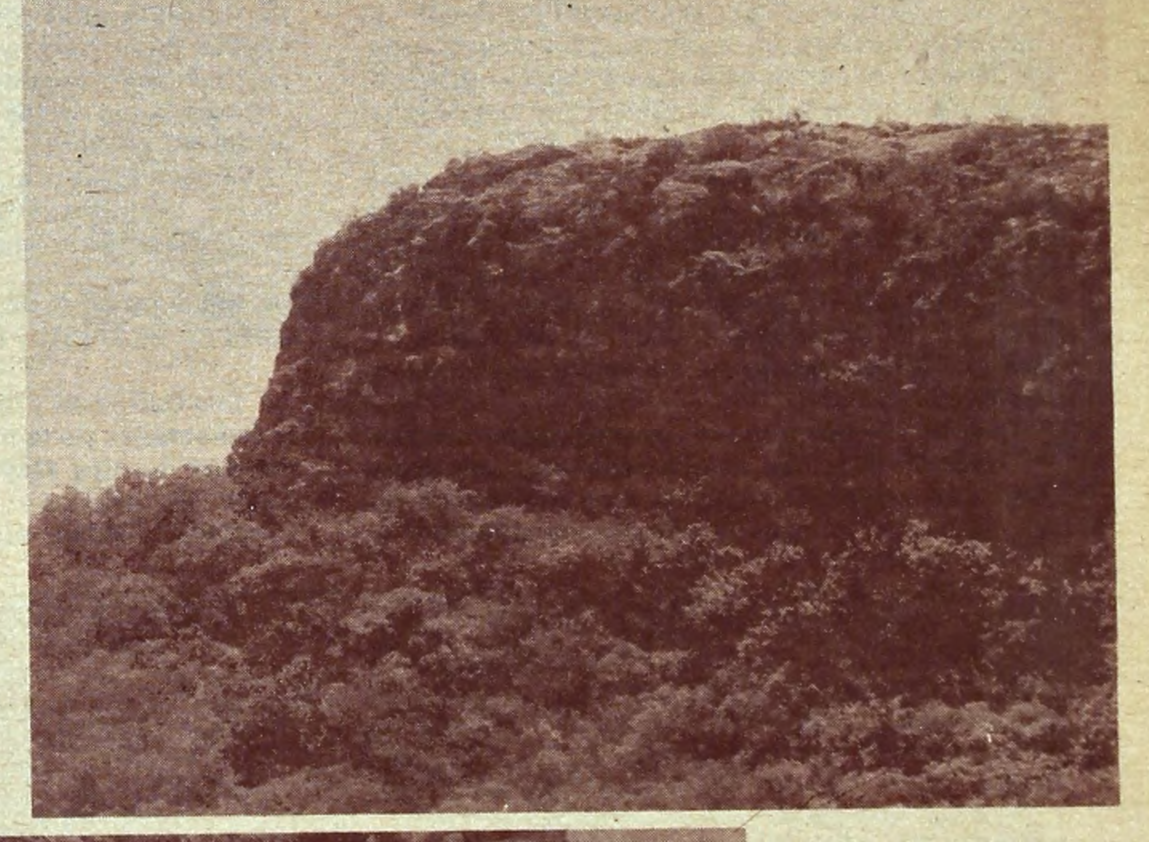
modo de una pasta microgranulada. Su desintegración permite fluir sus componentes que se transforman en nutrientes importantes para la flora, que tiene gran facilidad de adaptación por la fácil formación del suelo y la cantidad de microfisuras. La cima del Cerro de la Cueva ha sido quemada desaprensivamente y la nueva flora —romerillos, chircas y carquejas— ha sustituido a la original.

La terraza dejada por el Santa Lucía al norte de este cerro ha sido en épocas de grandes lluvias objeto de "retomadas" de erosión y de redepósitos de materiales. En sus bordes, de elocuente pesca, otrora se alojaban los indígenas. Hoy, entre los sarandíes que bordean el cauce, en las pequeñas barranquitas de segundo orden se denuncian los paraderos primitivos.

En la zona más umbría que mira al sur del Cerro de la Cueva la flora tiene el privilegio de contar como exponente notable un número elevado de Phytolacca Dioica, conformando una verdadera isla (la isla de los Ombúes). En ese ámbito umbrío y refrescante, luego de una larga caminata estival, cuelgan los microclaveles del aire y las barbas de chivo. Los líquenes multicolores pueblan la pared del cerro y las embiras compiten con los guayabos en la plataforma del recinto donde una alondra advierte la presencia extraña y, disimulada en el follaje, pretende confundirnos imitando el canto de otros pájaros. Allí en una pequeña gruta se alojó el pintor Blanes Viale, se escucharon los versos de Sabat Ercasty y las doctas lecciones de Chebataroff. Allí se puede comprender la Naturaleza, el Hombre y la Vida y alentar el amor y el respeto por el medio y por el prójimo.

Ernesto DARAGNES

Especial para EL DIA (9)
Fotos del autor



Disyunciones verticales de los pardones pletóricos de nidos y camoatíes



Tapiz de claveles blancos



AL CESAR LA LLUVIA LA LUNA SE VE A TRAVES DE LOS HUECOS EN EL TECHO DEL TEMPLO. SULEIMAN DA LA ORDEN DE QUE LOS PRISIONEROS SEAN EJECUTADOS.
¡ALÁ HA SIDO CLEMENTE Y LES CONCEDE UNA MUERTE RÁPIDA SIN DOLOR! ¡SON MÁS AFORTUNADOS QUE TARZÁN!
TARZAN
POR EDGAR RICE BURROUGHS
EN LA FLORESTA, JUANA Y LA PATRULLA DE RESCATE CONTINUAN LA BUSQUEDA
¡LOS PIRATAS SON MÁS NUMEROSOS QUE NOSOTROS, LADY GREYSTOKE!
¡SABÍA QUE NO RESULTARÍA FÁCIL!
¡NO IMPORTA QUE SEAN NUMEROSOS. ¡NOSOTROS NO LE TEMEMOS Y VENCEREMOS!
LAS ATADURAS DE TARZÁN SON CORTADAS POR OZU, LA MADRE DE BALU...
<DATE PRISA, OZU!>
LIBRE AL FIN, TARZÁN ATACA CON FURIA...
SABIENDO QUE LOS PIRATAS SON NUMEROSOS Y QUE NO SALDRÁ VICTORIOSO...



CUANDO LOS ORANGUTANES VEN QUE TARZÁN ESTÁ PERDIENDO, DECIDEN PELEAR.
<¡MUERTE A LOS TARMANGANIS!>



LOS WAZIRIS Y LOS MARINEROS FRANCESES LLEGAN Y EXTERMINAN A LOS PIRATAS, PERO SULEIMÁN LOGRA HUIR CON LIZ COMO REHÉN.